

sar á su Dios entre el tormento; y cuando encontremos esas piedras, besémoslas con cariño, propongámonos hacer grande nuestra ciudad, postrándola ante el Señor. Entre los monumentos que la ciencia de la antigüedad ha catalogado en nuestra casa como maravillas del ingenio humano, se levantan en la cúspide de nuestra meseta los sólidos muros de nuestra catedral, en cuyo emplazamiento y fundamentos tenemos demarcados los del antiguo arce romano, en cuya arquitectura se encuentran expresados todos los primores de los varios órdenes artísticos conocidos, y en cuyas joyas se pueden admirar recuerdos históricos de los que un día fueron grandes en el campo de la virtud, del saber y de la fuerza. Gravemos en nuestra memoria y en nuestro corazón la hermosa síntesis de nuestras glorias que constituye nuestra grandiosa Basílica, y al proponernos hoy, como se propone nuestra humilde Sociedad Arqueológica Tarraconense, trabajar para esclarecer y renovar nuestras glorias, juramentémonos todos por Dios y por Tarracona.



## TRES ARQUEÓLOGOS TARRACONENSES

Luis Pons de Icart, Juan Francisco Albiñana,  
Buenaventura Hernández Sanahuja.



*Disertación leída en la solemne sesión académica celebrada por la Sociedad Arqueológica Tarraconense el día 30 de Enero de 1902.*

Invitado por la Sociedad Arqueológica Tarraconense, más por razón de mi cargo que por propios merecimientos, para tomar una parte activa en esta sesión inaugural, que bien pudiera titularse fiesta del renacimiento de esta institución benemérita, acepté con verdadera complacencia la honra que se me ofrecía, porque en ella en-

contraba ocasión propicia para satisfacer un sentimiento que alentaba en mí, desde que al encargarme de la dirección del Museo Arqueológico en 1893 pude entregarme por devoción propia y por imposición del cargo á escudriñar la historia y la arqueología tarraconenses, y llegué á depurar la obra de los hombres ilustres que consagraron sus talentos á sacar del polvo del olvido las grandezas de la inmortal Tarraco. Anhelaba, como digo, hacer justicia á los laboriosos patricios á quienes debe Tarragona su supremacía como ciudad monumental, y ninguna ocasión para hacerlo como esta sesión académica, en la que se han dado cita todos los amantes de las tradiciones patrias, todos cuantos representan en Tarragona la ilustración y la cultura, todos los mantenedores y amadores de la Sociedad Arqueológica Tarraconense, á la cual pertenecieron algunos de los hombres ilustres de quienes voy á hacer referencia.

Temeridad grande sería, en quien como yo está completando aun su aprendizaje arqueológico, intentar hacer una crítica de arqueólogos ilustres ya juzgados por la Historia; me limitaré solo á poner de relieve la importancia que sus trabajos tuvieron para la Historia en general y para la arqueología tarraconense en particular, á fin de que á cada uno le sea tributada la parte de admiración que en justicia le corresponda.

Muchos son los historiadores y arqueólogos que ha tenido Tarragona; pero concretándome al estudio de los segundos, me ocuparé especialmente de tres figuras de primera magnitud, astros de luz propia que se destacan sobre los demás, y en cierto modo los iluminan con los esplendores de su talento ó de su erudición. Estas tres figuras son, Luis Pons de Icart, Juan Francisco Albiñana y Buenaventura Hernandez Sanahuja.

No entra en mi ánimo, porque me apartaría de mi propósito, hacer la biografía de estos ilustres tarraconenses. Del primero es tan poco lo que se sabe, que puede encerrarse en una docena de líneas, y lo que se cono-

ce, apenas si tiene importancia para su personalidad de arqueólogo. De los segundos está dicho y escudriñado todo; y mal pudiera yo aportar nuevos datos, ni ilustrar vuestra memoria, cuando en ella están vivos aun los recuerdos de ambos escritores; y en este momento os parecerá, sin duda, que laten en el ambiente de esta fiesta literaria sus nobles espíritus, alma y vida de la Sociedad Arqueológica, á la que prestaron sus poderosos alientos, y en la que dejaron fervientes discípulos y entusiastas admiradores.

Pons de Icart, fué, sin duda, un hombre eruditísimo; yo tengo para mí que llegó á saber, en punto á lo que entonces se llamaba Humanidades, todo lo que supieron los hombres más doctos de su tiempo. Y aun excedió á muchos en erudición histórica, porque escribió sobre puntos enteramente peregrinos como la Numismática y la Epigrafía españolas, que entonces andaban en los albores de su infancia. Como natural consecuencia de esta erudición, cayó en todos los errores en que los demás cayeron; falseó la verdad inconscientemente, como los demás la falsearon; pero este fué un pecado general de los historiadores del siglo XVI, en que la crítica histórica era todavía embrionaria; pecado de que no se vieron libres ni un Gerónimo de Zurita, ni un Padre Juan de Mariana. Los falsos cronicones con sus ficciones seductoras nutrieron á los incautos historiadores del siglo de oro; y en este punto Pons de Icart cae de lleno dentro de la general censura, pues su libro de las *Grandezas de Tarragona* está en la parte histórica inspirado en Flavio Dextro, Beroso, Annio, Florian de Ocampo, Roman de la Higuera y otros antiguos cronistas, que adulteraron la Historia patria en sus más venerables fundamentos (1).

Pero si como historiador de Tarragona no merece mucho crédito, como arqueólogo es digno de gran estimación. Analicemos su libro: Los 19 capítulos primeros

---

(1) Godoy Alcántara: «Historia crítica de los falsos cronicones.»

están calcados casi por entero en las Crónicas generales. Comienza por dos capítulos sobre la división del mundo entre los hijos de Noé, patrón cortado para el comienzo de todas las historias particulares de aquel siglo. Desde el 3.º al 7.º describe el territorio de Tarragona, sus obispados, y preeminencias de su metrópoli; recopila las alabanzas que de Tarragona hicieron los escritores antiguos, y hace constar el derecho de los Reyes de España á titularse Reyes de Tarragona; homenaje caprichoso del autor al monarca á quien dedica su obra. El capítulo 8.º está dedicado á demarcar el sitio que ocupó la Tarragona romana, no solo en la parte alta ó ciudad patricia, sino en la baja ó suburbios. Esta opinión sobre la población extramural ha sido confirmada por descubrimientos posteriores; pero Pons de Icart, aunque acertó en el ensanche, señaló á la Tarragona romana un cálculo de población exagerado. Al hablar de las murallas les dá una extensión desmesurada, que no tuvieron las de ninguna ciudad romana. No hace mención del basamento ibérico de los muros, ni de las puertas ciclópeas, ni de los esbozos de escultura que ostentan algunos sillares de la torre de San Magín y dan una idea del tipo etnográfico á que pertenecía el pueblo prehistórico que construyó los muros, ni, finalmente, se fijó en los caracteres ibéricos que ostentan algunos bloques.

Los capítulos 9 y 10, carecen de valor histórico en lo referente á los primeros pobladores de España y á los fundadores de Tarragona. Son una copia casi exacta de las fábulas del Beroso, de su admirador Ocampo y de otros cronicones sin reputación.

Los capítulos 11 al 19 tratan de las guerras entre romanos y cartagineses, recogiendo en ellas algunas noticias fidedignas sobre Tarragona romana, mezcladas con innumerables ficciones. Esta parte de la obra de Pons de Icart es deficientísima, pues teniendo como tenía tantos testimonios á la vista, debió completar el estudio de la historia interna de Tarragona, valiéndose de los vestigios

de sus palacios y templos, y sobre todo de las numerosas indicaciones que le ofrecían centenares de lápidas que andaban esparcidas ó empotradas en antiguas edificaciones. Esta laguna de Pons de Icart, bastó á D. Juan Francisco Albiñana para escribir el tomo primero de su *Tarragona monumental*, haciendo un buen servicio á la historia romana de su patria, ignorada ó desatendida por aquel celebrado jurisconsulto.

En los capítulos 20 al 26 se ocupa el autor de los orígenes del pueblo godo, su entrada en España, destrucción de Tarragona, ruina del imperio romano y de la civilización visigótica, reconquista de España y restauración de Tarragona por San Olegario. Teniendo que encerrar, como encierra el autor, en breves capítulos materias tan extensas, se resiente su narración de falta de claridad y de método; desatiende puntos importantísimos de la historia tarraconense, y en cambio se entretiene en lucubraciones eruditas sobre cuestiones de poca ó ninguna trascendencia para la localidad. Cuando habla de la ruina de Tarragona, su narración es importante, porque le inspiran los derruidos monumentos que dan fé de la destrucción; y en la parte encaminada á la conquista de Tarragona por San Olegario también es bastante verídico, aunque por falta de documentos y de crítica, resultan poco cimentados los pormenores de la restauración de la iglesia tarraconense.

Los capítulos 27 al 30 son importantísimos bajo el punto de vista arqueológico. Describe en ellos Pons de Icart las ruinas del circo romano, poniéndolo muy acertadamente en lo que hoy es Plaza de la Constitución, que entonces ya se denominaba de la Fuente. Hace luego una descripción bastante aproximada del palacio de Augusto, pero confundiendo su emplazamiento con el del Foro; y en el capítulo 30 da noticia de todas las estatuas, relieves y restos romanos entonces conocidos, cuya mayor parte se perdió enteramente durante los siglos XVII y XVIII. Estos cuatro capítulos están fundamentados en

numerosas inscripciones de lápidas, que copia y comenta el autor con bastante acierto, haciendo alarde de su erudición latina.

Los capítulos 31 y 32 carecen de verdad histórica. Intenta en el primero sostener la simpática, pero errónea opinión de que Cesar Augusto promulgó en Tarragona el decreto mandando formar el censo general de Roma, para lo cual el autor llama en su auxilio al *Gerundense*, cuyo *Paralipomenon* figura en el catálogo de los libros sospechosos; y en el segundo pone una relación caprichosa de los emperadores romanos que estuvieron en Tarragona, interpretando para ello á su manera el texto de varias inscripciones lapidarias y numismáticas. A tal punto le lleva su apasionamiento por las glorias de su patria, que hace residir en ella durante su destierro al príncipe de la elocuencia Marco Tulio Cicerón.

No quiere esto decir que sean enteramente equivocadas las opiniones de Pons de Icart sobre este punto; los que sí juzgo erróneos son los fundamentos de aquellas opiniones.

El capítulo 33 es más fidedigno al dar cuenta de los Reyes de Aragón que visitaron á Tarragona: sigue en este punto á Gerónimo de Zurita.

Los capítulos 34 al 38 son tan importantes como los ya dichos 27 al 30. En estos nueve capítulos está toda la miga arqueológica de la obra, de tal modo, que en ellos se ha fundado todo lo escrito durante tres siglos sobre las antigüedades romanas de Tarragona. En el capítulo 34 describe el autor los diferentes acueductos que abastecían á la ciudad en su tiempo, haciendo muy detallada mención del puente de las Ferreras, sin denominarle *puente del Diablo*, lo que prueba que este nombre es posterior al siglo XVI en que el autor vivía. En el capítulo 35 describe los restos del anfiteatro romano, emplazado en lo que hoy es penal del Milagro, pero llamando al edificio Teatro y suponiéndole destinado á representaciones escénicas. Sobre este punto anduvo equivocado;

ya el Padre Florez en su *España Sagrada* se hizo cargo del error, comprendiendo que un edificio como el Teatro, de tan frecuente concurrencia, no debió estar situado fuera de los muros, á la misma orilla del mar, sino dentro de la ciudad y en sitio preferente de ella. Descubrimientos posteriores vinieron á desvanecer las dudas: No hace muchos años, en el huerto que los herederos de D. Salvador Escofet poseen á espaldas del edificio donde están establecidas las dependencias del Consejo provincial de Agricultura, Industria y Comercio, se descubrieron unas ruinas circulares con extensa gradería, que, como pertenecientes al Teatro romano fueron descritas y clasificadas por mi ilustre antecesor Hernandez Sanahuja. Mas tarde, hace cinco años, en el mismo huerto, se descubrió medio dintel gigantesco, con un comienzo de inscripción imperial y detalles característicos de un gran pórtico, pieza que yo entendí era parte del dintel del Teatro, y como tal la clasifiqué en una breve monografía que aceptó y publicó en su *Boletín* la Real Academia de la Historia. El capítulo 36 trata de algunos edificios ruinosos que existían en tiempos del autor, sospechando con fundamento que eran vestigios de templos romanos; los describe con bastante erudición, interpretando bien las inscripciones que tratan de divinidades con culto en la ciudad. Cita en el capítulo 37 los templos cristianos que en su época existían, señalando sus rentas y demarcación. De las iglesias de San Pablo y Santa Tecla la Vieja dice que fueron erigidas en tiempos de la predicación y visita de San Pablo á Tarragona: con decir, por nuestra parte, que la construcción de ambas capillas data de los siglos once ó doce, queda puesto de relieve el error de Pons de Icart sobre este delicado extremo.

Tratan los capítulos 38, 39 y 40 del puerto antiguo de Tarragona, de los vinos y cáñamos de su campo, demostrándose en ellos cuan grande fué la importancia económica de esta ciudad en el siglo XVI, cuando las armadas reales y los buques mercantes de todas las na-

ciones llenaban el puerto para abastecerse de vinos, lonas, galletas y otros productos de que se mostraba pródigo el hoy empobrecido campo de Tarragona. En los siete capítulos restantes se ocupa el autor de los mártires y santos de esta ciudad, de sus hijos ilustres, de los mármoles de su suelo, riqueza de sus aguas, templanza y benignidad del clima tarraconense, y finalmente, hace una descripción de la Torre de los Scipiones, Arco de Bará y otros edificios notables. Lo más interesante de estos capítulos es lo referente al martirio de San Fructuoso y sus compañeros Augurio y Eulogio, fundado en testimonios y actas respetables. Cree que el suplicio le sufrieron en el circo romano; pero la moderna crítica ha demostrado que el lugar del martirio fué el anfiteatro.

De la Torre de los Scipiones afirma que es el sepulcro de aquellos egregios caudillos, afianzando con sus afirmaciones esta vulgar creencia. No hay ningún fundamento serio que lo justifique, sino el deseo que manifiesta Pons de Icart en todo su libro de hacer jugar un papel importantísimo á los Scipiones en toda la historia de Tarragona. En apoyo de su opinión, supone que estos sucumbieron muy cerca de Tarragona y por ello se les elevó aquel túmulo, trastrocando los textos de los autores antiguos, y describiendo batallas, que juzga libradas casi á las puertas de la ciudad, cuando algunas tuvieron lugar en Africa.

La crítica moderna ya ha dicho que aquella Torre es un monumento conmemorativo, de carácter funeral, levantado á la orilla de la Via Aurelia, en memoria de algún acontecimiento grandioso que no ha podido con certeza acreditarse.

En cambio, acierta al afirmar que el edificio conocido por Cencellas fué construido en la época romana.

Hernandez Sanahuja desmintió á Pons de Icart sosteniendo que Cencellas fué una capilla bizantina fundada por los primeros monges cristianos que vinieron de

Oriente, y presentando el mosaico de su cúpula como uno de los primitivos ejemplares de mosaico bizantino que se conservaban en Europa. Recientes investigaciones arqueológicas han venido á devolver su crédito á Pons de Icart, demostrando que el edificio, por su construcción fundamental, por sus desagües y bóvedas subterráneas, por el mosaico de su cúpula, que al ser lavado y descubierto ha puesto de relieve cuadros y asuntos nada místicos, fué en la época romana un edificio de recreo, tal vez las *Thermas de Adriano*, durante la época que este emperador residió en Tarragona. A pesar de esto no puede negarse que en Cencellas se debió fundar tal vez la primera capilla cristiana de Tarragona; para lo cual, se aprovechó la construcción romana de las *Thermas*; se utilizó el desagüe del *acuarium* para cripta; se adosaron capillas laterales al edificio principal para sacristía y bapisterio y se recubrió de yeso y cal el mosaico de la cúpula lleno de alegorías profanas. Hasta época no muy remota se ha estado utilizando aquel edificio como iglesia, dependiente de la parroquia de Constantí.

Del estudio que acabamos de hacer de la obra de Pons de Icart se deduce el convencimiento de que este autor, si como historiador no merece absoluto crédito, como arqueólogo que describe lo que ante sus ojos ofrecía la ciudad es digno de la mayor alabanza. Merced á su libro se ha podido reconstruir la Tarragona romana, hasta formar un plano completo de ella; y si bien es cierto que al copiar las inscripciones y medallas comete algunos desaciertos, estos son disculpables en quien daba los primeros pasos en el camino de la Arqueología, ciencia aun no formada, ni en todos sus extremos conocida en aquel siglo.

Al hablar de este arqueólogo, y lamentar que anden perdidos su *Libro de las Inscripciones romanas* (que cita á cada paso en sus *Grandezas de Tarragona*) y su *Catálogo de los Arzobispos tarraconenses*, viénese á

los labios el nombre de un prelado insigne, amigo y consejero de Pons de Icart. Me refiero al venerable D. Antonio Agustín, uno de los primeros talentos de su siglo y seguramente el primero de sus canonistas, sabio entre los sabios, máximo entre los grandes, honra y orgullo del episcopado español. D. Antonio Agustín como maestro, Pons de Icart como discípulo (que discípulos eran todos ante la sabiduría de aquel hombre extraordinario, llamado con razón el San Isidoro del siglo XVI) pusieron de acuerdo para salvar los vestigios romanos de Tarragona, principalmente sus medallas é inscripciones. El docto prelado reunió cuantas lápidas andaban esparcidas; hizo arrancar de los muros interiores de la Catedral muchas que habían sido aprovechadas como sillares al erigir el templo, y que por su altura no podían ser consultadas; las trasladó á la Pabordia (hoy palacio episcopal, donde se hallan) y reunió un copioso monetario. Pons de Icart, siguiendo las instrucciones del ilustre Arzobispo, copió y comentó aquellas inscripciones en su perdido manuscrito. El trabajo de ambos es digno de perpétua recordación. Y ya que de aquel sabio prelado he hecho referencia, justo es consignar que Tarragona fué el campo arqueológico en que cosechó sus mayores conocimientos numismáticos, y donde escribió el primer libro sobre medallas é inscripciones que vió la luz en España. Sus *Diálogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades*, impresos en esta Ciudad en 1587, abrieron desconocidos horizontes á la Arqueología española.

Tiene esta obra, como dice muy bien D. Juan de Dios de la Rada y Delgado en su *Bibliografía numismática*, el privilegio de no envejecer, por los acertados juicios que en ella se encuentran, pudiendo considerarse como una obra verdaderamente científica por su organismo y levantada crítica. En las monedas autónomas, él fué el inventor de la teoría que afirma son nombres de ciudades los que en las leyendas de dichas monedas se

encuentran, presintiendo que, como en las escrituras semíticas, debían ser consonantes casi todas las letras; conjetura que han venido á confirmar los modernos estudios, y han aceptado todos los numismáticos.

He aquí los dos hombres á quienes cupo la gloria de desenterrar los primeros vestigios de la romana Tarraco; antes que ellos, ningún tarraconense, que yo sepa, puso sus ojos en las ruinas que llenaban la ciudad, ni sospechó que aquellos escombros abandonados durante más de diez siglos, encerraban la historia de una ciudad insigne, rival de Roma en magnificencia.

No fructificó, sin embargo, con la rapidez que era de esperar, la semilla arrojada por aquellos eruditos cultivadores en el campo de la ciencia arqueológica. Dos siglos transcurren de completa inacción, sin que aparezca ningún devoto de esta rama tan importante de la general cultura, ni haya una mano inteligente que revuelva y recoja los vestigios de la antigua ciudad, hasta que en 1789 se ocupó de ellos el canónigo D. Ramón Foguet, hombre docto en todo género de literatura, citado con elogio por Florez, Masdeu, Finestres y otros críticos españoles. Aquel distinguido sacerdote, comprendiendo la importancia que para la Historia y la Filología tenían los innumerables barros saguntinos y tarraconenses que se encontraban esparcidos, ostentando signos y marcas con caracteres ibéricos, griegos y romanos, reunió una numerosa colección de vasos y fragmentos, un buen monetario y otras antigüedades, escribiendo una extensa memoria sobre los *Barros y tiestos griegos y romanos* que recogió en Tarragona. Su discípulo en antigüedades D. Carlos Gonzalez de Posada, también canónigo de la Metropolitana, prosiguió las huellas de aquél, hizo el juicio de los trabajos de su maestro y lo envió á la Real Academia de la Historia con la memoria que Foguet dejó escrita sobre los *Barros saguntinos*. Al propio tiempo acrecentaba la colección de antigüedades que aquel le legó, llegando á formar un pequeño Museo que

desapareció á la entrada de los franceses. Durante la primera mitad del pasado siglo, ninguna otra persona se ocupó en recoger, ni menos en estudiar, los restos que existían ó iban apareciendo con las nuevas edificaciones de la ciudad. Solo D. José Simons y el escultor D. Vicente Roig pararon mientes en los descubrimientos, formando el primero un regular monetario y recogiendo el segundo, más por vocación á los estudios artísticos que por interés aqueológico, algunas estatuas importantes.

En estas condiciones, un hombre ilustrado, un patricio generoso, reunió en torno suyo á los amantes de las antigüedades de Tarragona, formó una institución conservadora de ellas y recogió en un local los restos esparcidos: aquel patricio fué D. Juan Francisco Albiñana; aquella institución protectora, la Sociedad Arqueológica Tarraconense; aquel montón de restos, el hoy riquísimo Museo de Tarragona.

Albiñana, como Pons de Icart, no fué un arqueólogo de profesión: por extraña coincidencia, uno y otro tuvieron, como profesión fundamental, la ciencia jurídica. Albiñana fué solo un amante de la Arqueología, un mero entusiasta de las glorias de su patria; por esto, precisamente, es más meritoria su obra, más digno de veneración su nombre.

Desde 1843 en que, con Vicente Roig y otros distinguidos tarraconenses, echó los cimientos del Museo, hasta 1849, se dedicó á estudiar los restos acumulados y esparcidos: el producto de su trabajo fué el primer tomo de su *Tarragona monumental*, obra sin pretensiones científicas, pero de gran valor arqueológico, en la que describe todos los monumentos y antigüedades de su tiempo.

Al hablar de los orígenes de Tarragona rectifica los errores de Pons de Icart, sentando sobre bases verdaderas, aunque deficientes, lo relativo á los primeros habitantes de la ciudad. Desde la página 20 hasta la 51 se ocupa la obra de la historia interna de Tarragona, dedu-

ciéndola de sus inscripciones. Esta parte es de gran mérito, porque el autor estudia con acierto la vida de la gran ciudad en sus diversos órdenes civil, jurídico y militar, dando noticia de sus presidentes, magistrados y tribunos, y de los numerosos cargos militares con expresión de las legiones y cohortes, cónsules y legados, pretores y beneficiarios, prefectos y decuriones que existieron en Tarragona. Desde la página 52 á la 90 trata de los muros y ciudad romana, arce ó capitolio, templos, aras, deidades, sacerdotes y culto, monumentos sepulcrales y pompas fúnebres. Esta parte iguala ó supera en mérito á la anterior, y tiene como ella, mucha autoridad porque está fundada en el texto de las inscripciones. Desde la página 91 á la 129 describe los vestigios del Foro, palacio de Augusto, circo, anfiteatro y teatro: respecto á los dos primeros subsana los errores del autor de las *Grandezas de Tarragona*; pone al anfiteatro muy cuerdamente en el Penal del Milagro, rectificando también á Pons de Icart, que le llama teatro, y finalmente colige que el teatro debió estar en otro punto. Ya he dicho donde se descubrió. Desde la página 130 á la 159 trata de la población patricia y plebeya, habitaciones, usos, costumbres, trajes, muebles, empleados urbanos, etc., etc. Es parte interesante en sumo grado, aunque algo menos fundada que las anteriores, porque el autor se deja llevar un tanto por su imaginación. Desde la página 160 á la 166 copia las leyendas de algunas monedas importantes con bastante acierto en los procedimientos de interpretación. Sobre este extremo le cita con elogio Rada y Delgado en su *Bibliografía Numismática*. Desde la página 166 hasta la 192 se ocupa en describir los acueductos, villas romanas del campo de Tarragona, torre de los Scipiones y arco de Bará, demostrando buena erudición.

Después de dos apéndices sobre Gobernadores romanos de la España Tarraconense, y apuntes biográficos de algunos Emperadores, termina el libro con una Sec-

ción epigráfica importantísima, alma de toda la obra, y por cuyo trabajo merece Albiñana grandísimos elogios.

Copia en esta Sección 282 lápidas romanas: 91 existentes en la ciudad y su campo, y las restantes transcritas de diferentes autores, entre ellos Pons de Icart, Florez y Finestres.

Aunque Albiñana cometió algunos errores de transmisión en su deseo de aclarar todas las leyendas, bien se le pueden perdonar estas equivocaciones en consideración al inmenso servicio que prestó á la Arqueología tarraconense perpetuando sus lápidas, así como á su historia, al deducir de ellas por primera vez la vida civil, militar y religiosa de la vetusta Tarraco. No debe pasarse en silencio la gloria que por este libro corresponde al erudito reusense D. Andrés de Bofarull, colaborador de Albiñana, á quien seguramente debió ilustrar mucho con sus grandes conocimientos históricos. A la muerte de Albiñana quedaron inéditos el segundo tomo de su *Tarragona monumental*, una *Reseña histórica de la Catedral* y un *Catálogo de sus Arzobispos*, obras que deben guardar sus herederos; siendo de lamentar que por lo menos el segundo tomo de *Tarragona monumental* no se haya publicado para bien de la historia de esta ciudad famosísima.

Parecía que con la obra del insigne Albiñana se había dicho la última palabra sobre Arqueología local, y sin embargo, la historia romana de Tarraco estaba aun enterrada bajo sus escombros; todo lo que se había escrito, todo lo descubierto, era una mínima parte de lo que aun quedaba por decir y desenterrar. Mucho habían hecho la Comisión de Monumentos históricos y artísticos y la Sociedad Arqueológica tarraconense para salvar lo que se conocía y reunir lo que se iba descubriendo; pero estaba reservada la parte más difícil, y por ende más gloriosa de la empresa, á un hombre predestinado por su vocación y la entereza de su carácter para luchar contra lo imposible y arrancar á la

tierra con voluntad de hierro los secretos de su historia.

Este hombre fué Buenaventura Hernandez Sanahuja.

Permitidme que rinda, pues me declaro incompetente para juzgarlo, un tributo de admiración al insigne arqueólogo, ya que por azares de la suerte me ha cabido la honra de recibir su herencia y proseguir su obra. Yo me descubro, como deben descubrirse todos los hijos de Tarragona, ante la memoria de Hernandez Sanahuja. No fué un génio, pero tuvo brillantes rasgos de inspiración arqueológica; no fué un sabio eminente, pero tuvo destellos de sabiduría; no fué un arqueólogo infalible, pero tuvo instinto arqueológico y dotes felicísimas para la clasificación. Hernandez Sanahuja fué un testimonio elocuente de lo que puede lograr un claro entendimiento ayudado por una poderosa voluntad; de como puede llegar á los primeros títulos de suficiencia quien nació en honrada medianía y no recibió en su juventud una completa cultura literaria.

¿A qué recordar los accidentes de su vida? ¿A qué narraros el calvario que tuvo que subir hasta hacer del incipiente arsenal arqueológico que dejó Albiñana, el actual Museo de Tarragona, oficialmente clasificado como el segundo de los arqueológicos de España?

Todos recordareis su obra: Se desmontaba la colina de Tarragona desde la rambla de San Juan hasta el mar, para formar el terraplen de las escolleras del puerto, y al remover la tierra surgían á centenares los restos artísticos, testimonios elocuentes de la grandeza romana de Tarragona; aquellos restos adivinados por Pons de Icart y Albiñana, presentidos por todos y esperados por los sabios de Europa. Pero tales tesoros eran arrojados á las carretas y lanzados al mar como relleno de las obras en medio de la general indiferencia. ¡Que responsabilidad tan grande ante la Historia para los hombres ilustrados que presenciaron aquella profanación sin oponerse á ella!

«Solo un hombre - dice uno de los biógrafos de Hernandez Sanahuja—(1) fija su vista de águila en las ruinas, luchaba para salvarlas, evitando cuanto podía la rotura de los restos que iban apareciendo... Solo un hombre había comprendido en su clara inteligencia que allí existía una ciudad sepultada, como las ciudades romanas de Herculano y Pompeya. Solo Hernandez clamaba al cielo, se dirigía á los poderes públicos pidiendo apoyo para detener tales profanaciones, apoyo que al fin y al cabo le fué otorgado. Mas las gentes de la ciudad seguían impasibles, indiferentes. El arqueólogo, autorizado ya por el Gobierno, recogía los objetos que iban sucesivamente apareciendo, y se los cargaba á su espalda, debajo del brazo, como ricas joyas, como prendas venerandas. Y era objeto de mofa, así de los ignorantes como de hombres que debían considerarse ilustrados. Es un loco, un maniático, decían; busca ochavos, pedazos de barro, piedras mutiladas. Sí, era un loco que buscaba los materiales para levantar sobre sólidas bases el edificio de la historia local, procurando á la vez preciosos datos para el progreso de las Artes; que buscaba para Tarragona ancho espacio, sitio de honor en la Historia de España.»

Fruto de tantos afanes fueron innumerables obras, casi todas de Arqueología. Pero, su principal labor está contenida en la *Historia de Tarragona desde los tiempos primitivos hasta la restauración cristiana*, que dejó inédita al morir, y de la que solo se ha publicado el tomo primero bajo los auspicios de su discípulo y admirador D. Emilio Morera. No es hora de juzgar esta publicación, aun no terminada por entero; pero se puede desde luego asegurar que Hernandez Sanahuja llevó á

---

(1) Adolfo Alegret; artículo necrológico publicado por toda la prensa de Tarragona.

cabo un trabajo superior á todo elogio en lo referente á la parte romana. No pueden dedicarse las mismas alabanzas á sus lucubraciones sobre la Tarragona primitiva. Su imaginación fecunda le hizo aventurar teorías enteramente peregrinas, que los modernos adelantos de las ciencias prehistóricas han venido á desvirtuar. Su fantasía, ó su acendrado amor á la patria, le hizo ver en el suelo de Tarragona vestigios de razas y pueblos que tal vez no lo pisaron, atribuyendo á una civilización tirrénica ó etrusca restos y monumentos de un helenismo indudable. Pero ¿qué son estos errores ante la obra meritísima que realizó? ¿Cómo no había de ofuscarse y caer en afirmaciones aventuradas el hombre que quiso dominar todos los ramos de la Arqueología y de la Historia y penetrar en los dominios de las lenguas semíticas, donde no saben leer sino los talentos privilegiados? Hay que perdonarle estas aberraciones, secuelas obligadas de quien nutre sus talentos con una exagerada erudición, buscada sin orden ni concierto, y no ver en él mas que al patricio ilustre, al hombre enérgico y laborioso que engrandeció á su patria, llevando nuevas luces á su historia.

Termino estas desaliñadas líneas, asaltándome un temor profundísimo: el que puedan sospechar ciertos espíritus intransigentes ó apasionados en demasía, que yo he pretendido poner cátedra de crítica, ó mermar en lo más mínimo la aureola de crédito de los arqueólogos tarraconenses. Entusiasta como el que mas de las grandezas de Tarragona, tierra, como la tierra de mi patria, gloriosa por sus tradiciones, insigne por sus recuerdos; admirador ferviente de sus hijos ilustres, he querido solo poner de relieve tres grandes figuras: lo que yo pueda decir que en algo tienda á depurar sus libros, no puede mermarles ni un átomo de gloria. no solo porque esta se halla sólidamente cimentada, sino por la misma insignificancia de mi pluma.

Y si á pesar de mis buenos propósitos no acerté á

dar á esta disertación el interés ó la amenidad que hubierais deseado, perdonadme el desacierto, en gracia siquiera á la nobleza de mis intenciones.

ANGEL DEL ARCO.

